

marítimas habian rebajado considerablemente sus productos, porque el comercio no se aventuraba á hacer importaciones, á consecuencia de los disturbios ocurridos, y de la guerra que nos amenazaba con España. Los contingentes que pagaban los Estados, no producian lo bastante para cubrir el déficit que resultaba para acudir á las necesidades del momento. Bajo el gobierno de Victoria comenzó á ocurrirse al ruinoso arbitrio de pedir dinero anticipado, en cuenta de los derechos que causaban los efectos introducidos ó que introdujeran por las aduanas marítimas. Esta medida que al principio no causó mayor quebranto, vino con el tiempo á ser una de las causas principales de la ruina de nuestra hacienda. Desde el año de 1827 se desminuyeron los valores de las rentas públicas, y progresivamente los productos de las aduanas: sobre estas habia pesado mas ha de tres años una suma de órdenes flotantes, que cada dia hacian mas difícil las transacciones al gobierno, por el aumento de sus necesidades y escaseces de recursos.... Si del estado que guardaba la hacienda, pasamos á examinar los demás ramos de la administracion pública, veremos un caos y un desconcierto extremado, en nuestras relaciones internacionales, en la organizacion del ejército y aun en la aplicacion de las leyes por nuestros tribunales: viviamos verdaderamente en un laberinto, del que no podia salir un gobierno como el del general Guerrero.»

No podian ser menos lisonjeras las circunstancias en que empezó á regir los destinos de la nacion el general Don Vicente Guerrero. Para hacer aun mas crítica su situacion, se tuvieron noticias, á fines de Mayo y durante el

mes de Junio, de que en la Habana se disponia una expedicion para invadir la república. La guerra provocada **1829.** con los actos cometidos por el partido exaltado yorkino contra los españoles radicados en Méjico, iba desgraciadamente á realizarse. Las noticias que circularon en toda Europa despues de la expulsion, respecto á la desunion que reinaba entre los mejicanos, al malestar en que se encontraba el país y al disgusto que manifestaban los pueblos por las continuas revoluciones en que le tenian envuelto sus hombres políticos, hicieron concebir al rey Fernando VII la esperanza de poder recobrar allí su poder, imaginándose que la sociedad aceptaria gustosa volver al pasado orden de cosas para disfrutar de tranquilidad y calma. Creía, por la pintura que le hacian del afecto que los pueblos habian manifestado siempre á los reyes de España, y por la lealtad con que las tropas mejicanas habian combatido hasta 1821 contra los independientes, que el país recibiria con los brazos abiertos á los expedicionarios que se enviasen; que el ejército mejicano se uniria á ellos con la mejor voluntad, y que el país volveria á unirse á su antigua metrópoli sin que se llegase á disparar un tiro, ó al menos, sin sérios obstáculos que se opusieran á ello. Esto era no conocer el corazon humano, y juzgar por la superficie, del fondo de las cosas. Cierto es que los pueblos de la Nueva-España habian manifestado siempre un afecto sincero hácia los monarcas de Castilla, siendo Fernando VII uno de los reyes por quien mas ardiente entusiasmo manifestó Méjico, al ser invadida España por Napoleon primero; pero no es menos cierto que, al ver que podian gobernarse por sí mis-

mos y que la independencia era conveniente para la mayor prosperidad del país, las clases todas de la sociedad saludaron con júbilo el plan de Iguala, y que entraron en posesion de la independencia como del bien mayor que existe para el hombre en el mundo. Dueños de este tesoro el mas precioso para todo el que abriga nobles sentimientos de patriotismo y de dignidad, no era posible que nadie estuviese dispuesto á renunciar á él, por mucho que lamentase las contiendas políticas en que se agitaba el país. La sociedad mejicana queria la paz; pero con el bien inapreciable de su independencia. Tomar el disgusto que manifestaban por la mala administracion de sus gobernantes, como arrepentimiento de ser independientes, era una interpretacion engañosa; no conocer el ardiente patriotismo de los mejicanos que, así como los españoles, prefieren la independencia de la patria con todas las penalidades que puedan caer sobre ella, á la posicion mas tranquila bajo la dependencia de otra nacion; si es que puede haber tranquilidad para los hijos de un país gobernado por otro, cuando se han saboreado las delicias de la independencia y de la soberanía.

1829. El gobierno mejicano empezó á dictar las disposiciones que juzgó mas convenientes para la defensa del territorio de la nacion, desde que se tuvo noticia de los aprestos que se hacian en la Habana; y el general D. Antonio Lopez de Santa-Anna, que desempeñaba las funciones de gobernador y comandante de las armas del Estado de Veracruz, puso sobre las armas á las milicias nacionales de la demarcacion de su mando. No todos sin embargo creian que se preparaba la expedicion que se

decia, y juzgaban que era un pretexto de que anhelaba valerse el ejecutivo para que se le concediesen por el congreso facultades extraordinarias. La prensa de la oposicion al gobierno, atacaba duramente á los individuos que componian el ministerio, y que eran D. Lorenzo Zavala, de hacienda; el presbítero D. José Manuel Herrera, de justicia; de guerra, el general D. Francisco Moctezuma; y de relaciones el abogado D. José María Bocanegra. Los ataques mas terribles eran dirigidos á D. Lorenzo Zavala, contra quien habia un encono profundo, y el descrédito suyo no solo perjudicaba á sus compañeros de gabinete, sino tambien al conjunto de la administracion. El 5 de Agosto fueron durísimos los cargos que la prensa de oposicion dirigió al ministro de hacienda; y en los siguientes no se mostró mas benigna con el de justicia y guerra, librándose únicamente de sus tiros el de relaciones Don José María Bocanegra, cuya honradez y probidad respetaban todos. Con igual dureza que á los ministros se atacaba al presidente de la república D. Vicente Guerrero, de una manera poco decorosa que no debiera jamás usar el escritor público, cuya elevada mision es ilustrar las cuestiones y enseñar sin ofender ni humillar: defender y patentizar la excelencia de las doctrinas que juzga útiles para el buen gobierno de los pueblos; pero sin zaherir las de sus contrarios, que tienen igual derecho á defender las suyas cuando las creen buenas, demostrando con razones sólidas los defectos de ellas.

Entre tanto que el gobierno luchando con numerosas dificultades por lo exhausto que se hallaba el erario, dictaba las disposiciones que juzgaba convenientes para ha-

cer frente á la expedicion que se anunciaba, en la Habana se hacian los preparativos para enviarla. Los que con sus actos antipolíticos habian provocado una guerra con 1829. su antigua metrópoli, podian tener la triste satisfaccion de haberlo conseguido. Uno de los que mas parte tuvieron en la provocacion de esa sensible lucha que se preparaba entre los hijos de dos países que debieran vivir siempre en la mayor armonía, era D. Lorenzo Zavala, que habia sido el alma de la revolucion verificada en la capital, que dió por resultado el saqueo del Páris y la expulsion, y que ahora se hallaba de ministro de hacienda.

Eran las ocho de la mañana del 6 de Julio de 1829, cuando la expedicion española, compuesta de tres batallones, que hacian una fuerza total de tres mil hombres, salia de la Habana, para dirigirse á las playas mejicanas. Al frente de la expedicion iba el brigadier D. Isidro Barradas, jefe dotado de valor; pero no el mas á propósito para la empresa que se le confiaba. El capitán general de la isla de Cuba, D. Francisco Dionisio Vives, presencié la salida de los expedicionarios que marchaban contentos y llenos de esperanza de ser bien acogidos en el país á donde se dirigian. Los expedicionarios, subidos todos en la cubierta de los buques que se detuvieron á la vista de la notable fortaleza del Morro, en espera del navío Soberano en que debia embarcarse el brigadier D. Isidro Barradas, saludaban con sus pañuelos á los amigos que dejaban en la ciudad y que les miraban desde el espacioso muelle. La escuadra se componia de los buques de guerra, navío Soberano, fragatas Restauracion y Lealtad, que despues se llamó

El Cortés, goleta Amalia, bergantin Cautivo, de varias lanchas cañoneras, y de quince buques de transporte, en que se contaban el bergantin mercante Tres-amigos, perteneciente á la casa de Solavarrieta y C.^a, y la corbeta norte-americana *Bigham* en que iban cuatrocientos soldados con su comandante D. Manuel de los Santos Guzman. Todo el dia permanecié la flota en la misma posicion, en espera del navío Soberano que no pudo salir en union de ella, por habersele roto el cabrestante al levar el ancla, y en que iba el jefe de la expedicion. (1) Arreglado todo, se verificó la marcha á las nueve y media de la mañana del siguiente dia 7, navegando con viento bonancible hasta el dia 10 inclusive, en que llegaron á la sonda de Campeche. El dia 11 bajó mucho el barómetro, anunciando una próxima tempestad. Con efecto; hallándose todavía la flota sobre la sonda, arreció el viento y sobrevino

(1) Me valgo para dar los pormenores de la expedicion de Barradas, del diario manuscrito de un subteniente español de los que fueron en la misma, llamado D. Eduardo Agustí, que me lo dió en Madrid en 1859. En ese manuscrito en que apuntaba por curiosidad y con la mayor sencillez las ocurrencias diarias que acontecieron en aquella campaña, se ven referidas todas las acciones que se dieron, de la manera franca con que pudiera hacerlo Bernal Díaz del Castillo. Esos hechos los tengo referidos ya en una novela histórica intitulada *El capitán Rossi*, que publiqué en España y que se reimprimió en Méjico en 1864. De la verdad de la narracion del que escribió el diario, me convencí, cuando, hallándome en la república mejicana, varios jefes mejicanos que se habian hallado en la campaña contra Barradas, admirándose de la exactitud con que estaban narrados, me preguntaron que quién me habia proporcionado aquellos datos irrecusables. El diario manuscrito lo conservo en mi poder, así como varias noticias que respecto de la misma campaña se dignaron facilitarme en mi permanencia en Méjico, varios jefes mejicanos que se hallaron en ella.

una tormenta espantosa que, siguiendo cada vez mas imponente, obligó el dia 12 á pasar por entre los bajos con una mar espantosa y gruesa, obligando á separarse á los buques, y llevando la capitana el rumbo mas seguro de todo el convoy. El tiempo continuó de esta manera terrible, y la flota estuvo á la capa hasta las doce del dia 13, con viento S. E. y fuertes chubascos que, continuando sin interrupcion, fueron causa de que, al llegar la noche, no se hallase ningun buque á la vista del otro, ignorando cada cual la suerte que le habia tocado al resto de la expedicion, hasta que el tiempo le permitiese aproximarse á Cabo-Rojo, punto convenido de reunion, que se habia dispuesto en caso de temporal. Calmado algun tanto el viento, aunque siempre cubiertos los horizontes de negros nubarrones, pudieron dirigirse los barcos al sitio señalado, y cambiando al fin en favorable el viento, se presentaron, á las nueve y media de la mañana, cinco velas á la vista de Cabo-Rojo, que eran la goleta de guerra *Amalia*, y los trasportes números 5, 9, 14 y 15. El siguiente dia 15, al amanecer, se reunió el transporte número 7; siguió á éste el bergantin de guerra *Cautivo*; y el dia 22 se presentaron por fin las fragatas de guerra *Lealtad* y *Restauracion*, el transporte número 6 y el bergantin mercante *Tres-amigos* que, juntos con el navio *Soberano*, se extendieron enfrente de la playa, contemplando los soldados con satisfaccion la tierra. Solo faltaba para completar el número de velas que habian salido de la Habana, la corbeta norte-americana *Bigbam* en que, como he dicho, se habian embarcado cuatrocientos soldados y su comandante D. Manuel de los Santos-Guzman.

Desde antes de haber salido de la isla de Cuba se hallaba el buque en muy mal estado; y no pudiendo resistir el terrible temporal, fué arrojado á las costas de Nueva-Orleans, salvándose providencialmente la gente de un siniestro cierto. Las autoridades norte-americanas acogieron con benevolencia á los lanzados á sus playas por la tempestad, y aquella fuerza española se acuarteló en el punto llamado Torno de los Ingleses, recibiendo las pruebas de la mas cordial hospitalidad, esperando el momento en que, reparadas las averias del buque, pudiesen hacerse á la vela para reunirse á sus compañeros de armas. El comandante español, reconocido á la filantrópica consideracion con que habia sido recibido, dió una proclama á sus soldados, en que les decia que la nacion que les habia acogido con cristiana hospitalidad, contaba con la disciplina y virtudes de sus huéspedes, para creer que nunca llegarían á comprometer su neutralidad: que él les habia prometido así en nombre de todos, y que este era un acto de justicia que les tributaba, pues que sabia muy bien que no habia un solo soldado de cuya conducta pudiera desconfiar. (1)

(1) La proclama decia de esta manera: «Soldados: La furia de los mares nos ha arrojado á las playas de una nacion extranjera, privándonos de ceñir nuestras sienas con el laurel de la victoria; pero la palma cívica adorna vuestras cabezas, porque serenos é impávidos habeis sufrido todos los riesgos de una espantosa muerte, probando al mundo que sois españoles, dignos de este nombre. La nacion que os acoge hoy en su seno con una hospitalidad tan generosa, cuenta con vuestra subordinacion, con vuestra disciplina y con vuestras virtudes, para creer que nunca llegareis á comprometer su neutralidad: yo lo he prometido así en vuestro nombre, y este es un acto de justicia que os

1829. Por este contratiempo sufrido en la flota, la fuerza de la expedición quedó reducida á 2,600 hombres.

El día 24, á las seis y media de la tarde, dió fondo la escuadra en quince brazas de agua, enfrente á la punta de Jerez, á distancia de seis millas de esta; en el siguiente se dió la orden de aproximarse los trasportes á tierra; y el 26, á las seis de la mañana, el jefe de la expedición D. Isidro Barradas y el almirante de la escuadra Don Angel Laborde, salieron en dos falúas con objeto de aproximarse á tierra, para buscar punto conveniente para el desembarco, porque en la ensenada de toda aquella costa

tributo. No hay un solo soldado de cuya conducta pueda yo desconfiar. En breve volaremos á buscar nuestros compañeros de armas: cuando ellos nos reciban en sus brazos, les diremos: «Pues que nuestros padecimientos y la constancia con que los hemos sufrido, igualan á vuestro valor, somos dignos de vosotros;» y ellos repetirán sus abrazos, y despues vuestra sangre probará que tan solo la inclemencia de los tiempos pudo privarnos, por un corto período, de haber contribuido á la heroica empresa que el rey nuestro señor Don Fernando VII se ha propuesto, y en la que tenemos la envidiable gloria de ser partícipes. Yo espero que los soldados que tengo la gloria de mandar, no desconozcan, ni por un momento, sus deberes; pero si, por desgracia, hay uno tan solo que dé lugar á la menor reclamacion de una nacion amiga y generosa que nos tiende sus brazos en la desgracia que sufrimos, el castigo mas severo caerá sobre el cuello del criminal. La inclita España jamás perdona al que intenta mancillar su nombre siempre puro, siempre respetado.»

«Soldados: Os lo repito: sed, como hasta aquí, dignos del heroico título de españoles: corresponded á la confianza que en nosotros todos ha depositado nuestro augusto y amado monarca; y acordaos de las pruebas de una tierna afecion que debeis á vuestro jefe el Sr. comandante general, que dentro de pocos dias os irá á cubrir de gloria en los campos de Marte.—Torno de los Ingleses, 31 de Julio de 1829.—El comandante del 2.º batallon de la Corona.—Manuel de los Santos Guzman.»

hay mucha resaca que hace muy dificultoso verificarlo. Estando en esta operacion, aparecieron en la costa seis hombres á caballo, que temieron acercarse á la orilla. Entonces el general de marina, Laborde, dispuso que pasase un marinero, á nado, hasta ella: al verle solo, se acercó uno de los seis á quien entregó una onza de oro y algunas proclamas de parte de Barradas, que llevó en un cañuto de hojalata perfectamente cerrada. El mejicano recibió el dinero en premio del servicio que le pedian de repartir aquellos papeles, y se fué, prometiendo volver por la tarde, y diciendo que para ser conocido pondria una banderita blanca. Cumplió su palabra; y á las cuatro se la vió flamear sobre el médano, correspondiéndole con la misma señal el bergantin *Cautivo*. Media hora despues, Barradas y Laborde, deseando dirigir algunas preguntas al individuo que parecia dispuesto á servirles, se metieron en una falúa, y se acercaron, cuanto les fué posible, á tierra; pero como era imposible llegar á esta, por lo fuerte de la resaca, ordenaron al mismo marinero de la mañana, que se dirigiese á nado á la orilla, llevando en el mismo cañuto de hojalata, proclamas y papeles de Barradas, en que exhortaba á los naturales de los pueblos cercanos, que se mantuviesen tranquilos en sus hogares, y viniesen á la playa con toda clase de comestibles, los cuales se les pagaria con religiosidad. (1) El mejicano, que no debia

(1) El papel en que Barradas invitaba á los pueblos á que acudiesen con los objetos que necesitaba, decia así: «Dios y rey.—Vecinos honrados; venimos de paz, somos hermanos y cristianos como vosotros. Venid á la playa con gallinas y demás comestibles, que se os comprará todo. Asimismo los caballos que po-

ser hombre muy tímido, manifestó al marinero deseos de hablar con el jefe de la expedición; y habiéndose echado al agua, llegó á nado á la falúa, hallándose á poco á bordo con los dos jefes principales. Barradas le hizo algunas preguntas respecto al estado que guardaban los pueblos, á las cuales contestó el campesino con el mayor despejo, agregando que el día anterior se había dado parte á la autoridad de Tampico de la aparición de la flota. Barradas, agradecido á las noticias que consiguió saber, le dió otra onza de oro, le recomendó mucho que repartiese las proclamas que le había entregado, y le encargó que al amanecer del siguiente día se presentase en la playa, á cuyo fin se le condujo á tierra.

El general español esperaba que daría un brillante resultado la repartición de las proclamas, pues, como he dicho, se había hecho creer al gobierno español, que el país anhelaba volver á unirse á su antigua metrópoli para salvarse de la anarquía á que le conducían los aspirantes políticos, y que el ejército mejicano que había pertenecido al partido realista antes de 1821, llegaría á adherirse á la expedición. Todos los papeles que Barradas dió al llegar á las playas mejicanas para que se repartieran entre los habitantes del país, revelaban que se abrigaba esa esperanza. Una de las proclamas dirigidas á las

dais y algunas mulas que necesitamos, las que compraremos en dinero al contado. El comandante general que manda las tropas de vanguardia que está al frente, es el brigadier Isidro Barradas, que viene por la primera vez, así como sus tropas, á este país. Confíad en él que os quiere y os tratará bien, según lo manda el rey nuestro señor.—*Isidro Barradas.*

tropas mejicanas, patentiza de una manera indubitable que esa era la creencia general fuera del país, y solo así se comprende que se hubiera enviado una fuerza, cuyo corto número apenas bastaría para guarnecer una ó dos poblaciones de la mortífera costa. La proclama á que me refiero, dedicada á las tropas mejicanas, decía así: «Después de ocho años de ausencia, volveis por fin á ver á vuestros compañeros, á cuyo lado peleasteis con tanto valor para sostener los legítimos derechos de vuestro augusto y antiguo soberano el Sr. D. Fernando VII. S. M. sabe que vosotros no teneis la culpa de cuanto ha pasado en ese reino, y se acuerda que le fuisteis fieles y constantes. La traición os vendió á vosotros y á vuestros compañeros.»

«El rey nuestro señor manda que se olvide todo cuanto ha pasado, y que no se persiga á nadie. Vuestros compañeros de armas vienen animados de tan nobles deseos y resueltos á no disparar un tiro, siempre que no les obligue la necesidad.»

1829. «Cuando serviais al rey nuestro señor, estabais bien uniformados, bien pagados y mejor alimentados: ese que llaman vuestro gobierno, os tiene desnudos, sin rancho ni paga. Antes serviais bajo el imperio del orden para sostener vuestros hogares, la tranquilidad y la religion: ahora sois el juguete de unos cuantos jefes de partido, que mueven las pasiones y amotinán á los pueblos para ensalzar á un general, derribar un presidente y sostener los asquerosos templos de los francmasones yorquinos y escoceses.»

«Las cajas de vuestro llamado gobierno están vacías y

saqueadas por cuatro ambiciosos, enriquecidos con los empréstitos que han hecho con los extranjeros, para comprar buques podridos y otros efectos inútiles. Servir bajo el imperio de esa anarquía, es servir contra vuestro país y contra la religion santa de Jesucristo. Estais sosteniendo, sin saberlo, las heregias y la impiedad, para derribar poco á poco la religion católica.»

«Oficiales, sargentos, cabos y soldados: abandonad el campo de la usurpacion: venid á las filas y á las banderas del ejército real, al lado de vuestros antiguos compañeros de armas, que desean, como buenos compañeros, daros un abrazo. Sereis bien recibidos, admitidos en las filas: á los oficiales, sargentos y cabos se les conservarán los empleos que actualmente tengan, y á los soldados se les abonará todo el tiempo que tengan de servicio, y además se les gratificará con media onza de oro al que se presente con fusil. Cuartel general, etc.—El comandante general de la division de vanguardia.—*Isidro Barradas.*»

No podia ser mas falsa la idea que se tenia fuera de la república mejicana del espíritu que animaba á sus habitantes, juzgándoles deseosos de volver á ser colonia de España, para librarse de las guerras civiles en que, por desgracia, se hallaban envueltos. El amor á la independencia era igual en todos los partidos; y aunque el escocés desaprobó siempre los actos de persecucion del yorkino contra los pacíficos españoles radicados en el país, se indignó del saqueo, hizo todos los esfuerzos posibles para que no se diese la ley de expulsion, y anhelaba que se estableciese la mejor armonía entre las dos naciones

hermanas, no por esto estaba menos dispuesto á defender la soberanía de la nacion, cuya independenciam habia proclamado en Iguala. Además, por graves que fuesen los males que sufría la sociedad por las revoluciones, habia fé en el remedio de ellas; se esperaba que al fin, se establecería un buen gobierno que condujese á la nacion por el sendero de la prosperidad; y sobre todo, como dice acertadamente el escritor mejicano D. Juan Suarez Navarro, «después de 1821 se habia operado una revolucion moral en los espíritus, y durante ese período los mejicanos habian cambiado no solo en sus aspiraciones y tendencias políticas, sino aun en su carácter.» «Esta gran revolucion,» añade, «que todos veian, pero que no todos juzgaban de un mismo modo, dió motivo á la invasion española, cuyo gobierno tomó estos cambios como producidos por un accidente. Dominados los soldados expedicionarios por estas preocupaciones, pensaron no encontrar resistencia en los puntos que ocupasen.»

A las cinco de la mañana del 27, el comandante general de marina D. Angel Laborde, comunicó las órdenes desde el bergantin de guerra *Cautivo*, para que todas las falúas que desde la caída del sol del dia anterior estaban atracadas en el cuartel general, saliesen para los transportes que á cada uno le estaba señalado. Las lanchas, llenas de soldados se aproximaron á tierra cuanto les fué posible, y á las seis de la mañana empezó el desembarco. Los soldados, desnudándose y colocando la ropa y el fusil sobre el hombro, se arrojaban al agua, y ayudándose con las amarras de tierra unos, y otros auxiliados de sus compañeros, salian á la arenosa orilla, donde se vestian in-